

Carta desde el valle de Itria

Por Maribel Herruzo

Ropas tendidas al sol se mecen ante las puertas de las casas. La vida en el valle de Itria es sosegada y tranquila, como de patio de vecinos, aunque lo que antes era un lugar olvidado va apareciendo poco a poco como punto en el mapa turístico de la región de Apulia (Puglia, en italiano). El sur de Italia, agreste y duro, pero cálido y envolvente, reivindica hoy con orgullo las poblaciones de este valle, que acogen construcciones milenarias, casi únicas. Me acerco allí con la convicción de que todavía guarda las esencias de una cultura que se extingue lentamente.



Los trulli, viviendas tradicionales construidas enteramente en piedra, marcan el carácter de Alberobello y el valle de Itria

Ante mí se abre un paisaje de higos chumbos y olivos centenarios, únicas sombras de una tierra quemada por el sol. Antes de entrar en la localidad de Locorotondo, me detengo a observar la perfecta circunferencia de su planta. Parece un ti vivo pintado a la cal, con casas de blanco inmaculado en vez de caballos y elefantes. Pero lo realmente llamativo son sus curiosos edificios de una sola planta, construidos en piedra: los enigmáticos trulli. Todo el valle está repleto de estas huellas, procedentes de un pasado remoto en el que, según algunas leyendas, los campesinos derrumbaban los

techos de sus casas para no contabilizar como vivienda y evitar así el pago de impuestos. Eso explicaría que las piedras de los tejados no estén unidas por material alguno, lo que haría más sencilla dicha operación de derribo. Los muros que encuentro en los caminos también forman un perfecto rompecabezas de piedras sin más unión que su propio equilibrio.

La curiosidad me lleva hasta la capital del valle, Alberobello, que se encuentra en plenas fiestas. Como en todo el sur, las calles se engalanan con cadenas de luces, preciosas construcciones de metal que durante el día parecen decorar una historia de hadas. La villa alberga más de 1.400 conos de piedra que, agrupados entre sí, forman una verdadera ciudad. En el valle de Itria se conservan más de 20.000 trulli, no siempre habitables, pero Alberobello lo supera todo: es como romper el espejo que nos separa de los cuentos para entrar en ellos.

Buscando un refugio para protegerme del sol del mediodía, me pierdo por un laberinto de calles estrechas y sombras cortas. Sentada a la puerta de su casa, pequeña, redonda y blanca como todas las del



pueblo, una mujer vestida de riguroso negro me invita a visitar su pequeña vivienda. El gran tesoro es la vista que se descubre desde su diminuta terraza: un mar de construcciones con techo cónico, casi idénticas a la suya. La iglesia guarda las mismas formas, pero es más alta, más esbelta. La mujer habla muy deprisa mientras me enseña su hogar; creo que espera mi marcha para regresar a la tranquilidad de su silla en el portal. La casa no tiene más que un comedor y un dormitorio: ignoro cómo se las apañaría una familia para vivir aquí. Al salir, aunque sin decirlo abiertamente, me sugiere alguna recompensa por abrirme su casa, su balcón y sus recuerdos.



Campanario de la iglesia de Locorotondo

Compro una fotografía en blanco y negro en uno de los comercios turísticos. Data de los años veinte y muestra un pueblo pobre y olvidado. Hoy, esta imagen de Alberobello no es más que un recuerdo. La economía renace al amparo de las peculiares construcciones autóctonas, que son visitadas, compradas y renovadas. En las calles principales del barrio de Monti, con sus trulli convertidos en prósperos negocios, compruebo que el valle tiene voluntad de supervivencia.

Pero pronto nadie sabrá enmendar las grietas y derrumbamientos que sufran las vetustas casas: los últimos maestros constructores van desapareciendo sin sucesores. Entonces habrá que ir a buscarlos a hogares similares en Egipto, Judea, Grecia, Sicilia o Cerdeña, o documentarse en las ruinas de Harrán, al sureste de Turquía, donde un pueblo de trulli ocupa el lugar desde el que partió Abraham en busca de la tierra prometida. Así, con ayuda de sus parientes lejanos, seguirán haciéndonos soñar estos escenarios de cuento.

Cómo llegar y ...

Alitalia (Telf. 902 10 03 23; <http://www.alitalia.es/>) ofrece conexiones a Bari, capital de Apulia, desde los principales aeropuertos españoles, aunque hay que hacer trasbordo en Milán o Roma. Luego, el ferrocarril es una de las opciones más cómodas para llegar a Alberobello. Los trenes, de la compañía Ferrovie del Sud-Est, parten desde la Estación Central de Bari. Para quienes prefieran la carretera, también existen autobuses de línea.

La página web <http://www.tuttoalberobello.it/> ofrece abundante información práctica sobre el valle de Itria y su capital.